

# GOLPES DE ESTADO

# «¡Quieto todo el mundo!» El 23-F y la transición española

JESÚS DE ANDRÉS

**E**L 23 de febrero de 1981 el teniente coronel Antonio Tejero, al mando de una fuerza de casi doscientos guardias civiles, asaltó el Congreso de los Diputados poniendo en marcha un golpe de Estado que intentaría trastocar de raíz la consolidación del joven sistema constituido en 1978. Al grito de «¡quieto todo el mundo!», su protagonista daría comienzo a una operación, la que ha pasado a la historia como «el 23-F», cuyo objetivo último era alterar el resultado de la transición española. Unos meses más tarde, en una declaración sumarial, Tejero expresaría su confusión: «mi general, lo que yo quisiera es que alguien me explicara lo del 23-F, porque no lo entiendo». La presumible existencia de distintas estrategias conspirativas, la indefinición en los objetivos perseguidos, la precipitación y la falta de coordinación entre los distintos militares implicados dieron al traste con el golpe al tiempo que alimentaron la especulación. La bibliografía aparecida desde entonces ha convertido al 23-F en el asunto sobre el que más se ha escrito de toda la transición. Mediado el mes de marzo, apenas tres semanas después del secuestro del Parlamento, ya se habían editado dos libros que trataban los sucesos. Sin embargo, el elevado número de trabajos publicados, del que se ofrece un detallado listado al final de este artículo, en poco ha contribuido a aclarar lo ocurrido. Aquellos que desde la historia y las ciencias sociales han ido más allá de la narración periodística de los acontecimientos han sido, por lo general, escasos y sólo en los últimos años, gracias al ensanchamiento de la distancia temporal, comienzan a surgir.

Una de las principales dificultades con que ha topado el análisis de los golpes de Estado, al contrario de lo ocurrido con otras manifestaciones de la violencia política, ha sido la escasez de marcos teóricos desde los que plantear su estudio. Si fenómenos como, por ejemplo, las revoluciones sociales han dado lugar a numerosísimos trabajos, en los que ha primado la teoría hasta el punto de existir especialistas en especialistas, en el tratamiento de los golpes de Estado ésta, por lo general, bien ha sido soslayada, bien ha brillado por su ausencia. Su peculiar carácter negativo y su naturaleza oscura y secreta los ha hecho menos atractivos a la hora de ser analizados que a otros fenómenos con mayor componente

épico<sup>1</sup>. En líneas generales, un golpe de Estado consiste en la alteración o destrucción del orden político por parte de las *élites* políticas o de determinados cuerpos de la Administración, por lo común las Fuerzas Armadas, recurriendo a la violencia o a la amenaza de su utilización con el fin de controlar o conquistar el poder estatal. Es decir, se trata de un fenómeno de acción colectiva con la particularidad de que no surge desde abajo sino desde la cima. En este sentido, las distintas elaboraciones conceptuales que nos facilitan las teorías que han estudiado la acción social pueden, salvando las diferencias, sernos de utilidad<sup>2</sup>. Aunque, en principio, pareciera que poco tienen que ver unas teorías que se centran en el análisis de distintos movimientos populares, no institucionales en la mayoría de las ocasiones, situados en la base social y casi siempre alejados de posiciones de poder, con el estudio del comportamiento de determinadas *élites* políticas, militares y económicas, sí podemos encontrar elementos en común entre ambos agentes colectivos. En primer lugar, el entorno estructural en general y el sistema político en particular en que se desenvuelven es idéntico para unos y para otros, aunque varíen el nivel, el ámbito desde el que se actúa y los recursos disponibles; en segundo lugar, estamos ante colectivos que se mueven a través de la acción organizada y la confrontación; en tercer lugar, por último, ambos formulan preferencias en distintas coyunturas, se mueven por un interés compartido y participan en idénticas situaciones de tensión.

---

<sup>1</sup> Lo cual no quiere decir que el desarrollo de las ciencias sociales que tuvo lugar tras la segunda guerra mundial, al favorecer el estudio de todas las crisis políticas por igual, no alcanzara a los golpes, sino que la atención prestada fue menor. El diálogo entre historiadores, politólogos y sociólogos, que abrió nuevos cauces de investigación y se plasmó en el encuentro entre la teoría social y el discurso narrativo, no pudo sustraerse al debate establecido entre aquellas teorías que ponen su atención en los aspectos estructurales de la sociedad de referencia y las que lo hacen en la preponderancia de la acción humana. En el caso de los golpes de Estado, que pese a la menor atención recibida han seguido similar evolución que el resto de manifestaciones de la violencia, las interpretaciones de los años 60 hicieron hincapié en las teorías de la modernización para cobrar actualidad, posteriormente, el papel de los protagonistas. Tan sólo en años recientes comienzan a afianzarse vías de encuentro.

<sup>2</sup> Trabajos introductorios sobre los movimientos sociales y las teorías de la revolución son, entre otros muchos, los de Fernando Aguiar y Leopoldo Moscoso (comps.), *Teoría y metodología de las revoluciones*, núm. 80-81 de Zona Abierta, 1997; Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (comp.), *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1992; John Foran (ed.), *Theorizing Revolutions*, Londres, Routledge, 1997; Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, 1999; Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 1994; Marisa Revilla (comp.), *Movimientos sociales, acción e identidad*, núm. 69 de Zona Abierta, 1994; Stan Taylor, *Social Science & Revolutions*, Londres, MacMillan Press, 1984.

Las teorías que han estudiado los movimientos y las revoluciones sociales han tenido en cuenta, como pocas, la imbricación existente entre acciones y estructuras —punto de partida en este trabajo—, profundizando en las situaciones que mueven a la acción de los actores y explican su comportamiento<sup>3</sup>. Las principales herramientas conceptuales elaboradas por los teóricos de los movimientos sociales y de las revoluciones giran en torno a tres cuestiones que intentan explicar su razón de ser y puesta en marcha: la estructura de oportunidades políticas y las constricciones que tienen que afrontar los protagonistas de la acción; los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social que median entre la oportunidad y la acción; y los modos de organización, formales e informales, que están a disposición de los actores<sup>4</sup>. Sirviéndome de ellas, trataré de articular una explicación del 23-F que, más allá de teorías confabuladoras, pueda servir de punto de partida para futuras investigaciones. Su expresión abstracta cabe resumirse en los siguientes términos: determinadas coyunturas políticas, en un escenario en transformación en el que las *élites* se disputan el poder, pueden dar lugar a la aparición de movimientos golpistas; la formación de estos grupos se verá favorecida por la existencia de colectivos que, compartiendo intereses y códigos culturales, articulen discursos políticos anclados en una subjetiva razón de Estado y defiendan una solución golpista; tras una fase de organización, reclutamiento y consecución de recursos, los actores involucrados estarán en disposición de ejecutar su acción. Además, intentaré desmontar la interpretación del 23-F que considera la existencia de varias tramas coincidentes separando las distintas estrategias que plantearon la formación de un gobierno de concentración de la operación golpista de los militares de extrema derecha

---

<sup>3</sup> De este modo, algunas elaboraciones teóricas sobre distintos tipos de movilización han avanzado enormemente al integrar ambas cuestiones e indagar en los mecanismos que permiten el surgimiento y desarrollo de diferentes formas de acción colectiva. Buenos ejemplos son los trabajos incluidos en Bert Klandlermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures. International Social Movement Research* (vol. 1), Greenwich, JAI Press, 1988; también Jeffrey Berejikian, «Revolutionary Collective Action and the Agent-Structure Problem», en *American Political Science Review*, núm. 86, 1992, págs. 647-657.

<sup>4</sup> Es decir, lo que abreviadamente se conoce como *oportunidades políticas, procesos enmarcadores y estructuras de movilización*. Al respecto, en distinto orden, Doug McAdam, John McCarthy y Mayer N. Zald, «Opportunities, mobilizing structures, and framing processes - toward a synthetic, comparative perspective on social movements», en D. McAdam, J. D. McCarthy y M. N. Zald (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996, págs. 1-20.

## LA ESTRUCTURA DE OPORTUNIDAD PARA EL GOLPISMO

La crisis del sistema franquista, definitivamente agotado tras la muerte de su adalid y sometido a distintos grados de presión por la oposición interior y la comunidad internacional, se hizo evidente desde un primer momento para la propia clase política que lo sustentaba. Pese a que el régimen había hecho todo lo posible por proteger su continuidad, dejando todo *atado y bien atado*, el echar a andar de las reformas fue inevitable. Aparentemente, la situación se mostraba bastante más rígida de lo que resultó ser: aquellas instituciones que, como el Consejo del Reino, las Cortes o el Consejo Nacional del Movimiento, eran claves para la sucesión estaban en manos de continuistas sin matices. Además, por si había dudas, las Fuerzas Armadas, como soporte de la dictadura que habían sido, estaban destinadas a asegurar la pervivencia del modelo que ellas mismas habían ayudado a implantar. En tan temprana fecha como 1968, el almirante Carrero Blanco apuntaba que «nadie, ni desde fuera ni desde dentro, abrigue la más mínima esperanza de poder alterar en ningún aspecto el sistema institucional, porque, aunque el pueblo español no lo toleraría nunca, quedan en último extremo las Fuerzas Armadas»<sup>5</sup>. La confirmación de Carlos Arias Navarro, garante de las esencias franquistas, como presidente del Gobierno y la incorporación al primer gabinete de la Monarquía de militares como el teniente general Fernando de Santiago y Díaz de Mendivil (vicepresidente para Asuntos de la Defensa) y el almirante Gabriel Pita da Veiga (ministro de Marina) anunciaban pocos cambios. Sin embargo, la oposición, cuya presencia se hacía cada vez más manifiesta, el aumento de la conflictividad social y laboral, las expectativas abiertas en los países occidentales y la convicción del rey Juan Carlos sobre la necesidad de reformar en mayor o menor grado el sistema, hicieron que su transformación fuera irremediable. El nuevo Gobierno de Arias, en el que junto a los militares señalados había un pequeño núcleo de reformistas (Fraga, Areilza y Garrigues, entre los más destacados) puso en marcha un proyecto que no satisfizo ni a la oposición, por lo poco que modificaba, ni al *búnker*, reacio a cualquier cambio. La dimisión de Arias, el 1 de julio de 1976, y la llegada de Adolfo Suárez al Gobierno dejaron claro que la metamorfosis del franquismo, tal y como había sido conocido hasta ese momento, era el horizonte a corto plazo.

---

<sup>5</sup> Recogido en Jesús I. Martínez Paricio, «¿Hacia la corporatización militar?», en Manuel Pérez Yruela y Salvador Giner, *El corporatismo en España*, Barcelona, Ariel, 1988, pág. 286.

Al comenzar cualquier proceso de transición se produce un necesario posicionamiento de los distintos actores con respecto al cambio. La literatura *transitológica*, al tratar a los grupos que forman parte del régimen, ha dividido, pese al enorme riesgo simplificador que conlleva, entre *duros* y *blandos*<sup>6</sup>. Una vez que se ponen de manifiesto los conflictos, se abren las puertas de la incertidumbre y ésta comienza a dominar el escenario, determinados grupos, los sectores que se consideran a sí mismos como los más afectados, darán inicio, probablemente, a diferentes estrategias con el fin de acabar con los cambios y retornar a la posición original. En el caso español, el embrión de las distintas tramas golpistas, en tanto en cuanto que las transformaciones afectaban necesariamente a las *élites* que formaban parte del sistema franquista, puede rastrearse desde un primer momento.

Los sectores que se opusieron de modo más significativo a los cambios, junto a otros cuya presencia más o menos difusa puede encontrarse en los distintos niveles de la estructura estatal, pueden clasificarse en tres grandes grupos. Un primero, muy ideologizado, perteneciente al sector más radical de la clase política franquista, con unas características generacionales propias y que veía cómo el fin del sistema sería su propio fin, por lo que su supervivencia en los cargos —y el reparto de sus prebendas— dependía, en buena medida, de la del propio régimen. Este grupo, el conocido *búnker*, incluía a personajes como José Antonio Girón de Velasco, Blas Piñar, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, José Utrera Molina, Luis Valero Bermejo, Juan García Carrés, Raimundo Fernández Cuesta, etc.<sup>7</sup>. Un segundo grupo, directamente ligado al anterior, que comprendía a un pequeño pero poderoso sector financiero y empresarial que consideraba, posiblemente de forma acertada, que su fortuna y privilegios eran consecuencia directa del franquismo. No en vano, numerosos ministros y ex-ministros formaban parte de la mayoría de los consejos de administración de los principales ban-

---

<sup>6</sup> El riesgo de considerar de forma agregada a determinados actores colectivos reside en la presunción de su homogeneidad, algo que puede no darse necesariamente. En cualquier caso, los *duros* serían aquellos para los que la perpetuación de la dictadura «es no sólo posible sino deseable»; frente a los *duros*, los *blandos* se moverían por la convicción de que el régimen del que forman parte, y posiblemente contribuyeron a consolidar, es inviable y se deben articular formas de organización distintas; al respecto, Guillermo O'Donnell y Philippe C. Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Barcelona, Paidós, 1994 (ed. orig. 1986), pág. 32.

<sup>7</sup> Al respecto, Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *España, de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Planeta, 1979, pág. 272, recogiendo un listado aparecido en la revista *Guadiana* de enero de 1976; también José Luis Rodríguez Jiménez, *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)*, Madrid, CSIC, 1994, págs. 423-424.

cos y empresas públicas y privadas<sup>8</sup>. Por último, un sector de las Fuerzas Armadas muy radicalizado que, además de mantener una exagerada preocupación por el orden público y la unidad territorial, consideraba a aquéllas portadoras del espíritu del 18 de julio y cimiento y pilar del régimen franquista, defensoras por tanto de sus principales valores: nacionalcatolicismo, conservadurismo y corporativismo<sup>9</sup>. A ellos puede añadirse el sector más retrógrado de la Iglesia Católica, con poca capacidad movilizadora pero, todavía, considerable influencia social, así como a otros pequeños grupos presentes en distintos cuerpos de la Administración y a un nutrido puñado de periodistas.

Las razones de la radical oposición de estos colectivos a cualquier transformación del régimen franquista obedecían, por tanto, a una mezcla de ideología y pragmatismo. Debe señalarse también que el número de involucionistas no era especialmente alto. La clase política procedente del franquismo buscó acomodo en partidos como Unión de Centro Democrático y Alianza Popular. Muy pocos políticos, salvo el grupo indicado, ocuparon el espacio ultraderechista y menor aún fue el apoyo popular que recibieron. Los sectores económicos y financieros, dada la evolución de los acontecimientos, se adaptaron en su inmensa mayoría a la nueva situación, aunque mostraran algunas reticencias a la extensión de la libertad sindical y rechazo al incremento de la conflictividad laboral. Las Fuerzas Armadas, salvo también un pequeño grupo, fueron leales al poder civil. El Ejército franquista, aquejado de una mezcla de burocratización e ineficacia profesional, se caracterizó no sólo por poseer una ideología muy definida sino además por su disposición enormemente disciplinada<sup>10</sup>. Este hecho en abso-

---

<sup>8</sup> Al respecto, Amando de Miguel, *Sociología del Franquismo*, Barcelona, Euros, 1975, págs. 120-127. Apellidos como, por ejemplo, el de la familia Oriol, presente en empresas eléctricas así como en la banca, figuraron a lo largo de la transición como financiadores de distintas tramas ultras y golpistas, incluido el 23-F. Sobre esta cuestión, Joaquín Prieto y José Luis Barbería, *El enigma del «Elefante». La conspiración del 23-F*, Madrid, El País-Aguilar, 1991, pág. 252; Pilar Urbano, *Con la venia... yo indagué el 23-F*, Barcelona, Argos Vergara, 1982, pág. 16; Juan Pla, *La trama civil del golpe*, Barcelona, Planeta, 1982, pág. 177; Ricardo Cañaveras y otros, *Todos al suelo. La conspiración y el golpe*, Madrid, Punto Crítico, 1981, pág. 165; etc.

<sup>9</sup> Sobre los valores del Ejército durante el franquismo, véase José Antonio Olmeda, *Las Fuerzas Armadas en el Estado Franquista*, Madrid, El Arquero, 1988. Entre los miembros de este grupo puede destacarse a los generales Iniesta, Campano, Cano Portal, Pérez Viñeta, Coloma Gallegos, Ramírez de Cartagena, De Santiago, Milans del Bosch, González Aller y García Rebull, entre otros; en José Luis Rodríguez Jiménez, *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1997, pág. 424.

<sup>10</sup> Según Gabriel Cardona, «mayoritariamente franquistas de corazón, los militares iban a mantener su disciplina durante la transición política, aunque no hi-

luto fue incompatible con el rechazo generalizado que la mayoría de los militares mostró por los cambios, siendo las Fuerzas Armadas el grupo de presión que con mayor ahínco expresó posiciones contrarias a la transición, y frecuentes las presiones y conspiraciones en distinto grado.

Los militares manifestaron su protesta coincidiendo con los momentos más delicados del proceso. En respuesta a la inminente legalización de los sindicatos, el teniente general Fernando de Santiago dimitió como vicepresidente del Gobierno en septiembre de 1976, siendo elegido, en su puesto, el también teniente general Manuel Gutiérrez Mellado. Una serie de cartas del propio De Santiago y del general Carlos Iniesta Cano publicadas en el diario *El Alcázar* dieron lugar a la aprobación por parte del Consejo de Ministros del pase de ambos a la situación de retiro, acción dudosamente legal que debió rectificarse con el subsiguiente coste político. El incidente fue aprovechado por los sectores de la extrema derecha para agitar los ánimos en las Fuerzas Armadas. Igualmente, con motivo de la legalización del Partido Comunista, en la Semana Santa de 1977, dimitió el ministro de Marina Gabriel Pita da Veiga. Una nota de protesta cursada dos días después desde el Estado Mayor del Ejército provocó el cese en sus destinos del general J. Álvarez Zalba y del coronel F. Quintero. También la aprobación de la ley de amnistía de octubre de 1977, que en principio podía incluir a los miembros de la Unión Militar Democrática, algo que finalmente no se produjo, dio lugar a incidentes como el ocurrido en la Escuela Superior del Ejército, que llevó al cese de su director, el teniente general Félix Álvarez Arenas. El debate constitucional, desarrollado a lo largo de 1978, provocó nuevas tensiones que en este caso, más allá de las dimisiones o de la redacción de comunicados, animaron conspiraciones como la conocida *Operación Galaxia* que, dirigida por Antonio Tejero, teniente coronel de la Guardia Civil, y Ricardo Sáenz de Ynestrillas, capitán de la Policía Armada, pretendió el secuestro del Gobierno en noviembre de 1978. Estas acciones, y otras muchas, reflejaban el clima respirado en los cuarteles ante la evolución de los acontecimientos<sup>11</sup>.

---

cieran suyas las nuevas ideas»; en *El problema militar en España*, Madrid, Historia 16, 1990, pág. 206. Lógicamente, sus preferencias eran otras, siendo su ideal semejante al de la Restauración: Rey, canciller de hierro, Parlamento sin izquierda y un margen de flexibilización; al respecto, Enrique Gomáriz, «Los militares ante la transición. 2. El posfranquismo», en *Zona Abierta*, núm. 19, 1979, pág. 72.

<sup>11</sup> Sobre el papel de las Fuerzas Armadas durante la transición, Javier Fernández López, *El Rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982)*, Madrid, Trotta, 1998; Felipe Agüero, *Militares, civiles y democracia*, Madrid, Alianza, 1995; y Carlos Fernández, *Los militares en la transición española*, Barcelona, Argos Vergara, 1982. La opinión de los principa-



Según avanzó la reforma política y se fueron constituyendo los distintos partidos políticos, algunos de nuevo cuño, otros legalizados tras años de prohibición, los nostálgicos del franquismo fueron incapaces de articular un partido unitario y, especialmente, de atraer el favor del electorado. De esta forma, la extrema derecha defensora de la continuidad franquista naufragó en la sopa de letras que conformaban las siglas de sus numerosos grupúsculos. Además, la deserción de la propia clase política franquista era evidente: el 18 de noviembre de 1976 las Cortes franquistas aprobaron el proyecto de reforma política con 425 votos a favor frente a tan sólo 49 en contra y 13 abstenciones. En las primeras elecciones, en junio de 1977, Fuerza Nueva y Falange Española de las JONS concurren juntas bajo la denominación *Alianza Nacional 18 de Julio*, con el apoyo de la Confederación de Excombatientes. Con poco más de 150.000 votos (el 0'84 por 100) no consiguieron representación alguna. En las elecciones de 1979, una vez aprobada la Constitución, esta vez bajo el nombre de *Unión Nacional*, consiguieron un único diputado, Blas Piñar, gracias a la mejor organización de Fuerza Nueva (llegando al 2'31 por 100). El fracaso de la vía electoral era evidente. Ante el naufragio electoral y la percepción de la existencia de una buena sintonía con las Fuerzas Armadas, la extrema derecha llegó al convencimiento de que su única baza con posibilidad de éxito para evitar el definitivo desmoronamiento del régimen franquista pasaba por la presión con el fin de empujar a los militares a ejecutar un golpe de Estado. A partir de 1979, una vez reconocida la desorganización y confirmado el revés electoral, se optaría decididamente por «la estrategia de la tensión»<sup>12</sup>. La nueva táctica elegida, la creación de un clima de desestabilización que condujera a la intervención militar, era consecuencia directa de la inadaptación de determinados sectores a unas nuevas circunstancias cuyas reglas de juego no respetaban.

Los distintos factores institucionales y políticos que favorecen o dificultan la acción, englobados junto a otros en el concepto de *estructura de oportunidad política*<sup>13</sup>, determinaron igualmente la estrategia golpista seguida por la extrema derecha. A las limita-

---

les mandos, incluidos los más destacados reaccionarios, en María Mérida, *Mis conversaciones con los generales*, Barcelona, Plaza & Janés, 1979.

<sup>12</sup> No quiere esto decir que no se intentara previamente esta vía, sino que a partir de este momento se reforzó la estrategia golpista; al respecto, José Luis Rodríguez, *La extrema derecha...*, ob. cit., págs. 462-489.

<sup>13</sup> Distintas aproximaciones a este concepto en, por ejemplo, Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution*, Reading, Addison Wesley, 1978; y Sidney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997.

ciones impuestas por el sistema electoral, poco favorecedor para las minorías, debe sumarse la competencia directa que para un proyecto como el suyo supusieron la creación tanto de la UCD, partido del Gobierno y por tanto integrado por una parte de los distintos cuadros políticos que conformaban el postrer Estado franquista, como de AP, oposición derechista crítica con la transición, aunque defensora de los principios democráticos, e integrada por distintas corrientes procedentes del franquismo<sup>14</sup>. La estructura de oportunidad, pese a centrarse especialmente en las características del contexto en que se desarrollan el sistema y el juego políticos, no es un elemento estático ya que deben considerarse las distintas estrategias planteadas por los actores así como su continua transformación debida a la interacción entre estructura y acción. Asimismo, presenta una dimensión subjetiva que le es dada por la particular interpretación que del medio realizan los actores: a corto plazo, éstos pueden considerar que se trata de un escenario inalterable y elaborar sus estrategias como si de tal se tratase. Otro error de cálculo, además del que implicó desechar la organización partidista con el fin de plantear batalla electoral, consistió en seguir utilizando un discurso anclado en los años 30: presentarse a las primeras elecciones en una coalición de nombre *Alianza Nacional 18 de julio* no era la mejor forma de sintonizar con una sociedad cuyos valores se habían transformado sustancialmente en los años anteriores<sup>15</sup>. Así las cosas, determinadas decisiones intencionales condujeron a la extrema derecha a un callejón sin más salida que la golpista, táctica también favorecida por el entorno estructural del momento. La situación nacional se definía por la aguda crisis económica que atravesaba el país, como consecuencia del reflujo de la crisis del 73; por la crisis política, inherente a un proceso de transición en el que el marco y la práctica política se estaban definiendo; y por la crisis territorial, con un inviable Estado centralista en plena metamorfosis autonómica y sometido a la distinta presión de los nacionalismos periféricos. A esta perspectiva general hay que unir la acción de distintos grupos terroristas, entre los que sobresalía ETA<sup>16</sup>. La

---

<sup>14</sup> Al respecto, Rosario Jabardo Montero, «La extrema derecha española, 1976-1996: Estrategias de movilización y estructura de la oportunidad política», en *Sistema*, núm. 135, págs. 105-122.

<sup>15</sup> La mayoría de los estudios insisten en que los cambios culturales favorecieron la aparición de una nueva cultura política que, a su vez, fue fundamental para el tránsito democrático; entre otros, M.<sup>ª</sup> Luz Morán y Jorge Benedicto, *La cultura política de los españoles: un ensayo de reinterpretación*, Madrid, CIS, 1995; Santos Juliá, «Cambio social y cultura política en la transición a la democracia», en José-Carlos Mainer y Santos Juliá, *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Madrid, Alianza, 2000, págs. 13-77.

<sup>16</sup> Si en 1975, 1976 y 1977 el número de muertos en atentados terroristas

coyuntura internacional, con un contexto de rivalidad entre las dos superpotencias, guerra fría y anticomunismo animado por los Estados Unidos en su pretensión de conservar alejados de la influencia soviética a los países de la Europa occidental, terminaba de configurar un panorama favorable para cualquier tentación involucionista: los golpes militares en Chile en 1973, Perú en 1975, Argentina en 1976 o Turquía en 1980, entre otros muchos, eran ejemplos de golpes larvados con apoyo norteamericano que animaban a una acción semejante<sup>17</sup>. De esta forma, la estructura nacional definía un cuadro de desorden, incertidumbre y crisis, a la vez que la internacional no sólo no impedía sino que incluso alentaba aventuras golpistas que garantizaran el orden occidental. La coyuntura estructural determinó, por tanto, una situación en la que el recurso al golpe de Estado no era una salida descabellada para aquellos sectores deseosos de conservar el sistema franquista y abocados a perder sus privilegios. Si en términos generales el curso de los acontecimientos había favorecido el establecimiento de un sistema político democrático, las especiales circunstancias del sector más reaccionario hicieron lo propio para la aparición de grupos potencialmente golpistas.

#### LA ARTICULACIÓN DEL DISCURSO INVOLUCIONISTA

La confianza en la continuidad del sistema político franquista, el rechazo a los partidos políticos y la visión distorsionada de la realidad social figuran entre las razones que explican la poca agilidad mostrada por los sectores inmovilistas a la hora de organizar un grupo político específico. Sin embargo, conforme avanzaron los cambios

---

había sido de 26, 21 y 28 respectivamente, en 1978, 1979 y 1980 la cifra ascendió a 75, 108 y 124; los atribuibles a ETA en los años previos al golpe, 1979 y 1980, fueron 68 y 96. También en este caso se decidió actuar a través de la provocación a los militares, al igual que la extrema derecha, para detener el proceso democrático. Datos recogidos en Victoria Prego, *Diccionario de la Transición*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, pág. 729. La acción del terrorismo en este período en Fernando Reinares, «Democratización y terrorismo en el caso español», en José Félix Tezanos, Ramón Cotarelo y Andrés de Blas (eds.), *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989, págs. 611-642. Sobre la dialéctica terrorismo-golpismo véase Alejandro Muñoz Alonso, «Golpismo y terrorismo en la transición española», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 36, 1986, págs. 25-33.

<sup>17</sup> He tratado esta cuestión en Jesús de Andrés, *El voto de las armas. Golpes de Estado en el sistema internacional a lo largo del siglo XX*, Madrid, Catarata, 2000. No deja de sorprender, no obstante, la escasa consideración que han tenido los factores exteriores en los trabajos sobre la transición española; una excepción en Charles Powell, «La dimensión exterior de la transición española», en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, núm. 26, 1994, págs. 37-64.

y éstos condujeron a la confrontación electoral, no quedó más remedio que improvisar candidaturas propias. En contra de la constitución de una única fuerza que integrara a las distintas corrientes y facciones de la extrema derecha pesaba la enorme desunión existente. Los distintos grupos falangistas, debido a las enfrentadas personalidades de sus dirigentes, fueron incapaces de unirse, dando lugar a numerosos pequeños partidos: Falange Española de las JONS, FE de las JONS (Auténtica), Falange Española Independiente, etc. Otro tanto había ocurrido hasta entonces con los diferentes grupúsculos tradicionalistas (Hermandad de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés, Hermandad del Maestrazgo, Unión Nacional Española) y neonazis (CEDADE, Partido Español Nacional Socialista). Las diferencias de todos ellos llegaron a saldarse, en no pocas ocasiones, en enfrentamientos callejeros<sup>18</sup>.

Los pésimos resultados electorales de 1977 arrastraron a muchos de estos pequeños partidos a la desaparición o al replanteamiento de objetivos. A partir de ese momento, una vez claras la inevitabilidad de las reformas y la necesidad de consolidar una alternativa electoral, la actividad se centró en torno a dos grupos. Por un lado, Fuerza Nueva, que, recogiendo la labor de la revista de idéntico nombre, había articulado un proyecto reivindicador del Estado franquista, de sus principios y valores, anclado en un discurso católico integrista. Dirigida por Blas Piñar, sus errores organizativos, su falta de unidad interna, su indefinición ideológica y sus malas relaciones con el resto de organizaciones afines no consiguieron hacerla despegar ni convertirse en referente claro de la extrema derecha<sup>19</sup>. Por otro lado, la Confederación Nacional de Excombatientes también intentó movilizar a todo el espectro extremista en la defensa de los principios del 18 de julio. Desde finales de los años 50, con la vista puesta en la futura sucesión de Franco, se habían creado las distintas Hermandades Nacionales (de alféreces provisionales, de voluntarios de la División Azul, etc.) que se integraron en la Confederación Nacional en julio de 1974, siendo elegido presidente José Antonio Girón<sup>20</sup>. Sin embargo, ésta no apoyó a ningún partido en las elecciones y se volcó en la agitación a través de los medios de comunicación próximos y, una

---

<sup>18</sup> Al respecto José Luis Rodríguez, *Reaccionarios y golpistas...*, ob. cit., páginas 195-202; y Mariano Sánchez Soler, *Los hijos del 20-N*, Madrid, Temas de Hoy, 1993. Sobre los grupos de inspiración nazi, Xavier Casals, *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skinheads (1966-1995)*, Barcelona, Grijalbo, 1995.

<sup>19</sup> Sobre Fuerza Nueva véase Xavier Casals, *La tentación neofascista en España*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, págs. 31-59; y José Luis Rodríguez, *Reaccionarios y golpistas...*, ob. cit., págs. 195-229.

<sup>20</sup> J. L. Rodríguez Jiménez, *La extrema derecha...*, ob. cit., págs. 425-430.

vez clara la dificultad de conseguir nada por la vía electoral, en movilizar a los sectores militares más radicales en la dirección del golpe. A partir de 1975, tras hacerse con el control del diario *El Alcázar*, esta asociación se convirtió en la cabeza visible del búnker. Fundamental para uno y otro proyecto sería el apoyo y empuje de la, entonces, numerosa prensa vinculada con la extrema derecha.

Para que cualquier persona participe en un proceso de acción colectiva deben darse dos condiciones. En primer lugar, sentirse perjudicada o afectada por una circunstancia determinada; en segundo lugar, tener la certeza, o al menos la esperanza, de que su acción podrá resolverla. Será necesario, para ello, articular enunciados y conceptos mediante los que los individuos definan su situación<sup>21</sup>. Estos «esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas con el fin de adaptar los significados compartidos del mundo, y de sí mismos, que legitiman y motivan la acción colectiva» son lo que algunos autores, como McAdam, McCarthy y Zald, han definido como *procesos enmarcadores* de la acción colectiva<sup>22</sup>. Publicaciones como *El Imparcial*, *Heraldo Español* y *Reconquista*, además de *Fuerza Nueva* y *El Alcázar*, se encargarían de dar forma al propósito golpista, tras definir una situación insostenible, considerándolo legítimo, necesario e inevitable. Los distintos grupos defensores a ultranza del franquismo utilizarían la plataforma de estos medios para transmitir su mensaje.

---

<sup>21</sup> La presencia de este tipo de percepción se debe a un proceso psicológico que Snow y Benford denominaron *marco*: «un esquema interpretativo que simplifica y condensa el mundo de ahí fuera puntuando y codificando selectivamente objetos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acciones dentro del entorno presente o pasado de cada uno»; David E. Snow y Robert Benford, «Master Frames and Cycles of Protest», en Aldon Morris y Carol McClurg (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Hagen, Yale University Press, pág. 137; recogido de Sidney Tarrow, *El poder...*, ob. cit., pág. 214.

<sup>22</sup> Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, «Opportunities, mobilizing structures...», ob. cit., pág. 6. En definitiva se trata, en palabras de Rafael Cruz, de que «el malestar de los individuos, provocado por los conflictos sociales, no revierte directamente en movilización, si no es con la ayuda inestimable de recursos culturales, sociales, económicos y políticos»; Rafael Cruz, «La cultura regresa al primer plano», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pág. 34. Aunque la importancia de las ideas y, de forma más general, de la cultura para poner en marcha movimientos y revoluciones ha sido destacada constantemente, los trabajos que han analizado su presencia son más bien escasos. Entre ellos cabe destacar los de Hank Johnston y Bert Klandermans (eds.), *Social Movements and Culture*, Londres, UCL Press, 1995; Sidney Tarrow, *El poder...*, ob. cit.; Mayer N. Zald, «Culture, ideology, and strategic framing», en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, *Comparative Perspectives...*, ob. cit., págs. 261-274; Enrique Laraña, *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza, 1999; Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización...*, ob. cit.

La mala salud de Girón y la falta de confianza hacia la organización de Blas Piñar dejarían el grueso de la actividad involucionista en manos de la prensa y de los militares ultras. Cuando la sociedad editora de *El Alcázar*, DYRSA (Diarios y Revistas S. A.), acordó la incorporación de la Confederación de Excombatientes, convirtiéndose en su órgano informativo, el general Milans del Bosch, uno de los futuros organizadores del 23-F, fue elegido presidente del consejo de administración. Desde este momento, entre los colaboradores habituales de este medio, además de lo más granado del periodismo de extrema derecha, destacaron numerosos militares, con o sin seudónimo. Pese al notable incremento de ventas que experimentó, sus continuas pérdidas económicas tuvieron que ser sufragadas por destacados miembros de la extrema derecha<sup>23</sup>. A finales de 1977 reaparecía *El Imparcial*, gracias al apoyo de algunos accionistas del Banco de Valladolid, siendo dirigido, entre otros, por periodistas como Julio Merino, Jesús Pérez-Varela o Juan Pla<sup>24</sup>. En este medio, al contrario que en *El Alcázar*, se ofreció una imagen positiva de Fuerza Nueva y de su líder, Blas Piñar. Sus páginas también acogerían las firmas de militares ultras o de grupos como la Asociación Cultural de Mujeres de Militares, presidida por la esposa del capitán de navío Camilo Menéndez, condenado a un año de prisión tras el 23-F. Entre las distintas campañas llevadas a cabo por *El Imparcial* destacó la que tuvo como objeto evitar la desmilitarización de la Guardia Civil. A mediados de 1980 García Carrés y Tejero pusieron en marcha una iniciativa legislativa popular que requería la recogida de 500.000 firmas. En esta campaña participarían militares (los generales Iniesta y De Santiago, el propio Tejero), periodistas (Juan Pla, director de *El Imparcial*, Antonio Izquierdo, director de *El Alcázar*) y personajes vinculados al búnker (Girón, Blas Piñar, etc.), celebrando, además, distintos festivales musicales por toda la geografía española. Tejero utilizaría esta campaña para desarrollar una intensa actividad de contacto con grupos y personas «preocupados por la situación política de España» o para acciones concretas de organización del futuro golpe, como fue la compra de

---

<sup>23</sup> José Luis Rodríguez, *Reaccionarios y golpistas...*, ob. cit., pág. 235. Este autor cita a Juan García Carrés, ex presidente del sindicato de Actividades Diversas en los últimos años del franquismo y único civil condenado en el 23-F, a partir del testimonio recogido en las memorias inéditas de éste, así como a José Antonio Girón.

<sup>24</sup> Julio Merino publicaría, junto a Santiago Segura, defensor de Milans del Bosch en el juicio del 23-F, dos libros exculpatorios para los golpistas, uno de ellos con prólogo del propio Milans. Juan Pla, que sería uno de los dos únicos testigos civiles llamados a declarar en el juicio tras el golpe, escribió un intrascendente libro sobre la trama civil que deja traslucir el clima involucionista de la prensa de extrema derecha. Para las referencias, véase la bibliografía final.

seis autobuses<sup>25</sup>. Otra publicación importante fue el semanario *Heraldo Español*, que inició su distribución en la primavera de 1980. Dirigido por Julio Merino, con Fernando Latorre como director adjunto, se presentó como órgano de Acción Nacional Progresista, asociación política sin actividad alguna cuyos puestos de presidente y secretario general eran ocupados por ellos mismos. Entre sus colaboradores apareció, de nuevo, la mayoría del elenco que firmara en el resto de publicaciones ultras, incluido Ángel López Montero, el que sería defensor de Tejero. Por último, debe señalarse a *Reconquista*, revista del Apostolado Castrense, distribuida mensualmente entre los miembros de las Fuerzas Armadas, que comenzó su tercera época en junio de 1978. En ella colaboraron distintos militares involucrados posteriormente, de una forma u otra, en el 23-F, como el comandante Ricardo Pardo Zancada, que también trabajaba en la revista *Ejército*, el teniente coronel Eduardo Fuentes Gómez de Salazar o el general Alfonso Armada; reconocidos involucacionistas, como el teniente general González del Yerro; y buena parte del periodismo derechista. En los años 1979 y 1980 su tirada ascendió a los 10.000 ejemplares, convirtiéndose en portavoz de la línea integrista del Ejército<sup>26</sup>. Además de expresar públicamente lo que hasta entonces circulaba por los cuarteles en forma de anónimos, la revista sirvió para aproximar a distintos grupos militares golpistas: tanto Pardo como Fuentes estaban vinculados al coronel San Martín, igualmente implicado en el 23-F; también Pardo estableció contacto, por cuestiones relacionadas con la revista, con el coronel Ibáñez Inglés, segundo jefe del Estado Mayor de Valencia que sería condenado tras el golpe a diez años.

El discurso de los grupos promotores de un golpe de Estado, perennemente difundido por los medios de comunicación controlados por la extrema derecha, lo constituía una mezcla de catastrofismo sobre el presente y nostalgia de un idealizado pasado franquista de paz y progreso. El hecho de que la situación económica y política, con la presión añadida del terrorismo, no fuera la mejor posible fue aprovechado para construir un discurso de combate, agresivo y distorsionado, contra el emergente sistema democrático, cuando de resaltar sus defectos se trataba, o grandilocuente y glorioso, cuando había que recuperar el tan traído espíritu del 18 de julio. Los ejemplos serían innumerables, tantos como páginas publicadas, y adquirirían un especial tono dramático ante los

<sup>25</sup> En Pilar Urbano, *Con la venia...*, ob. cit., pág. 28.

<sup>26</sup> Sobre *Reconquista*, véanse Eduardo Fuentes Gómez de Salazar, *El pacto del capó*, Madrid, Temas de Hoy, 1994, págs. 83-97; y Ricardo Pardo Zancada, *23-F. La pieza que falta*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, págs. 93-98.

frecuentes atentados de ETA y grupos afines. Como botón de muestra sirva la noticia del asesinato del general Constantino Ortín, gobernador militar de Madrid, cometido el 3 de enero de 1979. La portada de *El Alcázar*, al día siguiente, decía: «El asesinato del gobernador militar de Madrid, una agresión contra España. La ETA marxista responsable. El Gobierno culpable»<sup>27</sup>. El mismo día en que aparecía este ejemplar, al finalizar los funerales, varios oficiales enardecidos zarandearon al ministro de Defensa, general Gutiérrez Mellado, tomaron el féretro por la fuerza y lo pasearon en manifestación por la calle de Alcalá acompañados de los gritos de «¡Ejército al poder!» y «¡Golpe de Estado!»<sup>28</sup>. Incluso sin razón aparente se aprovechaba para dejar caer insinuaciones golpistas. En 1980, por ejemplo, con motivo del fin de año, el *Heraldo Español* dedicaba toda su portada al siguiente titular: «Terminó el año... y no cayó Suárez. A partir de ahora, y dada la desastrosa situación que en general vive España, en cualquier momento, cualquier día... PUEDE OCURRIR TODO»<sup>29</sup>.

El mismo tono que el utilizado por este tipo de prensa se reflejaba constantemente en los numerosos panfletos anónimos o firmados por secretas asociaciones militares que eran distribuidos en unidades, cuarteles y viviendas militares. Nombres como los del Movimiento Patriótico Militar, la Junta de la Unión Militar Española, las Juntas Patrióticas o la Junta Coordinadora, entre otros, rubricaban algunos de los documentos que, pese al anonimato encubierto tras esos nombres, eran realizados por los sectores militares más reaccionarios<sup>30</sup>. También obra de militares fueron, al parecer, algunos de los artículos que incitaban a la rebelión y que aparecieron en *El Alcázar* o *Heraldo Español* bajo la firma de «Almendros» o «Sertorio». Un factor fundamental que explica la nostálgica utilización del discurso bélico de la guerra civil, más allá de la afinidad ideológica, tiene que ver con la mitificada memoria histórica que de otro golpe de Estado, el de julio de 1936, tenían determinados militares. Para los oficiales golpistas, las semejanzas entre el período de la transición y el de la II República Española eran evidentes: la acción de 1936 aupó al poder a un sector

<sup>27</sup> *El Alcázar*, 4 de enero de 1979.

<sup>28</sup> Entre el público fue notoria la presencia de numerosos seguidores de Fuerza Nueva y Falange, así como de mujeres de militares. Entre los militares más activos destacaron el general Iniesta Cano y el comandante Pardo Zancada, quien así lo reconoce en *23-F. La pieza...*, ob. cit., págs. 71-73. Sobre estos acontecimientos, Javier Fernández, *El rey y otros militares...*, ob. cit., págs. 140-141; José Luis Rodríguez, *Reaccionarios y golpistas...*, ob. cit., págs. 278-279; Carlos Fernández, *Los militares...*, ob. cit., págs. 308-310.

<sup>29</sup> *Heraldo Español*, 31 de diciembre de 1980.

<sup>30</sup> Algunos de estos textos en Joaquín Prieto y José Luis Barbería, *El enigma...*, ob. cit.



similar al que se identificaba en la transición con su ideología e intereses. Si bien a lo largo de todo el proceso de cambio la guerra civil, como tragedia susceptible de ser repetida, se convirtió en el hecho a evitar, en este caso la memoria fue un incentivo para poner en marcha el golpe<sup>31</sup>. No es baladí que los tres generales condenados por participar en el golpe, Milans del Bosch, Armada y Torres Rojas, hubieran participado activamente en la guerra civil. Cuando Milans y sus ayudantes redactan el bando que da comienzo al golpe en Valencia, copian literalmente algunos fragmentos del emitido por el general Andrés Saliquet en Valladolid el 18 de julio de 1936<sup>32</sup>. En cualquier caso, se manifestaba una vez más la separación de la realidad: mientras la mayoría de los españoles se esforzaba en superar el pasado, los sectores ultras insistían en recuperarlo.

#### LA ORGANIZACIÓN DEL GOLPE

Con el sistema franquista en mudanza, en un primer momento, y más o menos desmantelado, posteriormente, determinadas élites políticas, económicas y militares que no habían sido capaces de adaptarse a la nueva situación vieron caer la amenaza sobre la primacía de sus valores ideológicos y sobre la posición que ocupaban. Un contexto estructural de crisis económica y política y presión terrorista, por el lado nacional, y favorecedor del involucionismo antisoviético, por el internacional, definió una coyuntura potencialmente golpista. La articulación de un discurso nostálgico del franquismo a través de toda una red de asociaciones y medios de comunicación que, dando forma a una difusa gama de intereses y códigos culturales compartidos, abogó por la ejecución

---

<sup>31</sup> Según Paloma Aguilar «la gran mayoría de los españoles actuó bajo el supuesto de que la guerra civil podría repetirse en cualquier momento y que se trataba, por tanto, de evitar ese resultado a toda costa»; Paloma Aguilar, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996, pág. 227. No cabe duda de que también para el grueso de las Fuerzas Armadas se trató de evitar un conflicto semejante. La cautelosa actitud que la mayoría de ellas observó durante el 23-F puede explicarse de tal modo. Incluso para el Jefe del Estado la memoria histórica jugó, posiblemente, un papel decisivo al recordarle lo sucedido a su abuelo Alfonso XIII o, más recientemente, a su cuñado Constantino de Grecia. Éste, que había perdido la corona por aceptar un golpe militar, se encargó de refrescar la memoria: «telefoneé desde Londres. (...) Lo único que hice fue describir al rey y la reina la experiencia que yo había tenido años atrás, en 1967. (...) Sólo les recordé lo que a mí me había pasado, por si ellos podían utilizar algo de esa experiencia, aunque su situación era muy diferente», en Pilar Urbano, *La Reina*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, pág. 296.

<sup>32</sup> Ambos textos en Jesús de Andrés, *El voto de las armas...*, ob. cit., páginas 117-119 (Saliquet) y 186-187 (Milans del Bosch).

de un golpe de Estado, terminó de favorecer la opción insurrecta. Llegado este punto, sólo quedaba la organización efectiva del mismo.

La investigación judicial y periodística que tuvo lugar tras el 23-F condicionó la interpretación más extendida según la cual, en líneas generales, en el golpe confluyeron en realidad varias tramas, con operativos y objetivos diferentes, materializándose las intrigas que, con diverso grado de afianzamiento, trataban de articular algunos jefes militares. La pésima organización del golpe, con una notable precipitación y falta de coordinación y sin unos objetivos previamente definidos, fue explicada como resultado de la mezcla de distintos planes sin que sus ejecutantes hubieran aclarado previamente qué función tenía cada cual. A esta descripción contribuyeron algunos informes elaborados por los servicios secretos en los meses previos al 23-F. Uno de ellos, titulado «Panorámica de las operaciones en marcha», preparado en noviembre de 1980, daba cuenta de las posibles maniobras que se preparaban en el ámbito exclusivamente político (moción de censura del PSOE, maniobra del sector crítico de UCD, gobierno UCD-PSOE, etc.) así como de potenciales operaciones militares y cívico-militares<sup>33</sup>. Todas ellas tenían un objetivo común: «el deseo de derribar a Suárez y —desde las respectivas ideologías y estrategias— reconducir la situación actual de España a otros parámetros subjetivamente más propicios». En cuanto a las operaciones militares, el texto se refería a tres de ellas: la operación de los «tenientes generales», la de los «coroneles» y la de los «espontáneos». La primera de ellas se trataría de un pronunciamiento colectivo, de tipo institucional, que pondría en el Gobierno a un civil consensuado previamente (se sugería el nombre de Fraga). La operación de los coroneles, más racional y metódica, daría lugar, cuando las circunstancias lo aconsejaran, a un golpe duro. La de los espontáneos, por último, tenía su antecedente en la *Operación Galaxia* y consistiría en una operación audaz que trajera consigo la adhesión de las Fuerzas Armadas. Por su parte, la operación cívico-militar radicaría en provocar la dimisión de Suárez «mediante presiones concéntricas de procedencia varia (medios financieros, eclesiásticos, estructuras militares, sectores de partidos políticos parlamentarios, prensa, personalidades, etc.)»<sup>34</sup> y la intervención de la Corona, poniendo en marcha, a continuación, los mecanismos constitucio-

---

<sup>33</sup> El texto completo de este documento en Joaquín Prieto y José Luis Barbería, *El enigma...*, ob. cit., págs. 280-293. Fue entregado al Rey, al presidente Suárez, al vicepresidente Gutiérrez Mellado y a los ministros de Defensa e Interior, Agustín Rodríguez Sahagún y Juan José Rosón; ibid., pág. 101.

<sup>34</sup> Ibid., pág. 290.

nales y consiguiendo el apoyo del Parlamento para un nuevo jefe del Gobierno, que sería un general de prestigio. Pese a su aparente alto grado intuitivo no faltaban, como podría comprobarse, elementos de verosimilitud. Especulaciones de este tipo no debían, además, sorprender en exceso ya que noticias y acontecimientos semejantes se repetían constantemente en los medios de comunicación del momento. La aparente complejidad del 23-F comenzó a desenmarañarse utilizando la versión de las tramas coincidentes. De esta forma el golpe habría sido la suma de todas ellas: Tejero, al frente del golpe de los espontáneos, ejecutó una acción espectacular (la ocupación del Congreso y el secuestro del Gobierno en pleno) con la intención de ser respaldado por el Ejército; Milans del Bosch, como líder de los generales de alta graduación, se *pronunció* ocupando Valencia al frente de la III Región Militar en espera de ser imitado por el resto de Capitanías; el coronel José San Martín y otros oficiales de Estado Mayor de la división acorazada Brunete, Pardo Zancada entre ellos, llevarían a cabo el golpe de los coroneles ocupando Madrid y tomando los principales centros neurálgicos de la capital; el general Armada, por su parte, intentó reconducir la operación de forma constitucional al pretender ser votado por los propios parlamentarios. Al menos cuatro golpes en uno que explicarían los errores, imprecisiones e improvisaciones del resultado final.

En torno a las distintas especulaciones sobre quién estaba en cada trama, de qué forma se organizaron y qué motivó su fracaso ha girado la mayor parte de lo escrito sobre el golpe. Sin ánimo de caer en el mismo error, es necesario completar el modelo propuesto analizando las estructuras de movilización golpista que precedieron al 23-F. Éstas hacen referencia a los canales colectivos, formales e informales, a través de los que los actores pueden movilizarse e implicarse en cualquier tipo de acción, así como a los recursos materiales y organizativos de que disponen. Con el fin de facilitar el reconocimiento de los diferentes tipos de reclutamiento y movilización, se puede establecer una diferenciación básica entre los que son realizados en medios informales y los que, por el contrario, se realizan en medios e instituciones formales. Entre los primeros, en los que se incluye a las familias y distintas redes de amistad o profesionales, podemos destacar los contextos de micromovilización<sup>35</sup>; entre los segundos, a grupos de ma-

---

<sup>35</sup> La complejidad de las estructuras cotidianas de movilización ha dejado un rastro de conceptos tales como los de *comunidades de memoria*, *subculturas de disenso*, *infraestructuras de protesta* o, uno de los que mayor éxito ha tenido, *contextos de micromovilización*, que incluye contactos de reclutamiento, relaciones personales de captación, participación en asociaciones o grupos que comparten una actitud favorable a la acción, etc. Sobre cada uno de los conceptos, respec-

yor amplitud, en los que caben formas de organización informales, que de manera más o menos explícita expresan su descontento o promueven la acción: determinados partidos políticos, distintas facciones dentro de éstos, las Fuerzas Armadas como colectivo institucional o ciertos sectores de las mismas. En cuanto a los recursos, serán de tipo material o monetario, cuestión que en el caso de los golpes no suele representar un grave problema ya que se dispone, por lo general, de los recursos materiales de la Administración que están al alcance de los sublevados.

En el 23-F la movilización golpista se concretó a través de contactos entre militares cercanos al entramado civil de la extrema derecha que, tal y como ha quedado señalado, desarrolló su principal acción en los medios de comunicación. Recordemos de nuevo, citando sólo a algunos de los encausados, que Milans del Bosch presidió el consejo de administración de la empresa editora de *El Alcázar*, que Camilo Menéndez estuvo vinculado a este mismo periódico, que Tejero entró en contacto con la extrema derecha a través de la organización de una campaña por parte de *El Imparcial*, que Pardo Zancada fue redactor jefe de *Reconquista* o que San Martín había estado desde la etapa final del franquismo —como jefe del Servicio Central de Documentación bajo la presidencia de Carrero Blanco— en contacto con la mayoría de grupos de extrema derecha utilizados como fuerzas de combate y agitación callejera. Por otro lado, la actividad política desarrollada en los cuarteles, donde apenas llegaba otra prensa que la mencionada, daba pie a conversaciones de cantina, comentarios sobre la actualidad, críticas a la situación, creación de redes de afines; en definitiva, a la vinculación entre los militares más ideologizados, primer paso de futuros reclutamientos. Es decir, los miembros más radicales de las Fuerzas Armadas establecieron contacto entre sí gracias a su relación con los medios ultras y al inevitable acercamiento surgido en el interior de los centros militares. El número total era, sin duda, mucho más elevado que el de los finalmente implicados en el golpe. Aunque el grado de involucración era distinto, la creencia en la necesidad de «hacer algo» era prácticamente compartida. A la hora de la verdad, sin embargo, fueron muchos los que lo pensaron dos veces. En cualquier caso, rastrear la cantidad de tramas existentes, en mayor o menor grado

---

tivamente, Laura R. Woliver, *From Outrage to Action: The Politics of Grass-Roots Dissent*, Urbana, University of Illinois, 1993; Anthony Oberschall, «Opportunities and framing in the Eastern European revolts of 1989», en Doug McAdam y otros, *Comparative...*, ob. cit., págs. 93-121; William Gamson y Emilie Schmeideler, «Organizing the Poor», en *Theory and Society*, núm. 13, 1984, págs. 567-585; y Manuel Pérez Ledesma, «Cuando lleguen los días de la cólera. (Movimientos sociales, teoría e historia)», en *Zona Abierta*, núm. 69, 1994, págs. 51-120.

de elaboración, es tarea inútil. Posiblemente hubiera tantas como militares inquietos. O al menos como militares posteriormente sancionados. Buena parte de los implicados ya había participado en actividades promotoras del golpismo: Torres Rojas demostró sus veleidades en el período en que estuvo al mando de la división acorazada Brunete; otro tanto había ocurrido con Milans; San Martín, desde su posición cercana a los servicios secretos, intrigaba desde hacía tiempo; Tejero había preparado la *Operación Galaxia*; etc. En los meses previos a la conspiración que daría lugar al 23-F, seguramente cada cual tenía «su golpe». Sin embargo la organización del definitivo, bajo la dirección de Milans, fue unánime y no respondió, por tanto, a la suma de varios, como a menudo se ha presentado. Bien es cierto que los planes y la experiencia previa fueron incorporados al 23-F, pero no que éste respondiera a la simple suma improvisada de varios golpes.

En la ejecución del golpe sólo intervinieron militares cercanos o pertenecientes al mundo de la extrema derecha: la desconfianza hacia los partidos y hacia los civiles en general (de nuevo reminiscencias de la guerra civil) impidió que, en la organización final, la función desempeñada por éstos pasara de labores de coordinación y establecimiento de contactos. Desde finales de 1979 se había intensificado la relación entre Milans y Girón, aunque las diferencias existentes, especialmente por las convicciones monárquicas del militar, impidieron un plan conjunto. A pesar de ello, García Carrés, en su condición de persona de confianza de Girón, continuó movilizándolo a distintos grupos. Al fin y al cabo la extrema derecha tan sólo buscaba la involución, procediera de donde procediera. En mayo de 1980 acude García Carrés a Valencia, acompañado por el general Iñesta, para entrevistarse con Milans y exponerle los proyectos golpistas de Tejero. Milans aprueba los movimientos de éste y establece que debe contactar con él por intermediación del teniente coronel Mas Oliver, su ayudante. Unos días después, Mas Oliver se desplaza a Madrid y, a través de García Carrés, entra en contacto con Tejero, quien de forma indefinida se centra en planificar una operación de control de La Moncloa o del Congreso. Para ello obtiene dinero de miembros del sector financiero de la extrema derecha, adquiere distinto material con que llevar a cabo su acción y se moviliza para conseguir apoyos que le garanticen las unidades operativas necesarias, ya que él no disponía de mando directo de tropa. A partir de aquí se sucedieron los encuentros en busca de apoyos para el núcleo Milans-Tejero, como el mantenido con los generales Francisco Dueñas y Torres Rojas, destinados ambos en La Coruña, adonde acudió García Carrés con motivo de la campaña contra la desmilitarización de la Guardia Civil. A otros posibles candidatos golpistas, como el capitán general de Canarias González del Yerro,

fue imposible sumarlos a la causa. Su rivalidad con Milans, acrecentada tras competir ambos por la jefatura del Estado Mayor del Ejército en mayo de 1979, cargo que, por esta causa, ninguno consiguió, impidió el acercamiento entre ambos.

Entretanto, triunfó el golpe de Estado en Turquía, país miembro de la OTAN, cuya situación fue comparada con la española en el informe que realizó el coronel Federico Quintero, agregado militar en Ankara. Este informe animó a numerosos militares por las supuestas coincidencias existentes y fue considerado como modelo para el hipotético «golpe de los coroneles»<sup>36</sup>. A mediados de noviembre Milans se puso en contacto con el comandante Pardo Zancada, destinado en la división acorazada Brunete y a quien conocía de su estancia allí, y le expuso claramente la situación: «tengo noticias de que algo se está cociendo a nivel militar y quiero saberlo (...) si no hay nada o lo que hay carece de consistencia, yo me lanzo por mi propia iniciativa»<sup>37</sup>. Pardo expuso a Milans que conocía la existencia de diversos grupos, entre ellos el del coronel San Martín, a quien, tras poner en antecedentes dos días después, se incorporó para el golpe. Unas maniobras de la división acorazada, a las que se invita a algunos oficiales de Valencia, sirvieron para que San Martín, jefe de Estado Mayor de la Brunete, y Diego Ibáñez Inglés, 2.º jefe de Estado Mayor de la Capitanía General de Valencia, comenzaran a organizar un plan de acción. En líneas generales, a falta de fijar una fecha, el golpe estaba en marcha. Tejero iniciaría una acción en Madrid, bien la toma de La Moncloa, bien del Congreso, como respuesta a un hecho concreto (un atentado o cualquier otro detonante) y en Valencia y Madrid, a continuación, se declararía el estado de excepción. Sin embargo, los planes se complicarían al cruzarse con el golpe de Milans otra operación, más compleja y de diferente gestión, desarrollada por el general Armada.

Desde la aprobación de la Constitución en 1978, la escalada terrorista de uno y otro signo, el deterioro económico, la presión militar, el clima electoral constante y la crisis de UCD ensombrecían el panorama político y económico. En la percepción de la extrema derecha el estado de las cosas se agudizaba notablemente:

---

<sup>36</sup> El grupo constituido alrededor del coronel San Martín, bien situado pero en una fase inicial de organización, estudió a fondo la situación turca. La inclusión del mismo en el dossier «Panorámica de las operaciones en marcha» respondió al hecho de que el CESID tenía información directa sobre las pretensiones golpistas de San Martín ya que sus vínculos con este organismo eran grandes. Sin embargo, el verdadero golpe de los coroneles, finalmente previsto para el 27 de octubre de 1982, víspera de las elecciones, no sería descubierto todavía. El informe de Quintero en Joaquín Prieto y José Luis Barbería, *El enigma...*, ob. cit., págs. 272-279.

<sup>37</sup> Ricardo Pardo Zancada, *23-F...*, ob. cit., pág. 143.

sus fracasos electorales, la campaña de ETA, la llegada de la izquierda a los ayuntamientos de las principales ciudades en abril de 1979, la tramitación de los estatutos de autonomía para el País Vasco y Cataluña y su aprobación en referéndum, las primeras elecciones autonómicas en estas Comunidades, en marzo de 1980, y la victoria de partidos nacionalistas componían, para ella, la confirmación de sus temores. En realidad la crisis sobrepasaba tanto al propio Gobierno como a la oposición, cuyas disputas internas, especialmente graves en UCD pero no menores en el PSOE, contribuían a conformar un paisaje de inestabilidad e incertidumbre. Llegado el año 1980, desde determinados sectores políticos y medios periodísticos surge, al igual que en la extrema derecha pero con intención notablemente distinta, la demanda de actuación para superar la crisis y salvar al propio sistema. La necesidad de «hacer algo» también sería compartida por todos aquellos sectores que consideraban que, en gran medida, la situación era consecuencia de la mala gestión de Adolfo Suárez. El proyecto de UCD, mezcla de distintas tendencias ideológicas y de fuertes personalidades políticas, funcionó para construir un nuevo sistema pero fracasó en la administración de éste. Las operaciones de acoso interno estuvieron a la orden del día y las reuniones de notables, las disputas por los ministerios o el enfrentamiento por cuestiones puntuales —como la ley del divorcio— provocaron el aislamiento definitivo de Suárez un año después de su victoria en marzo de 1979 y con todavía tres años de presidencia por delante. Pese a ello, la oposición no contaba con fuerzas suficientes para despojarle de su puesto y la moción de censura que presentara el PSOE en mayo de 1980 fracasó. La única opción posible consistía en someterle a presión con el fin de que dimitiera.

Los comentarios sobre la necesaria dimisión de Suárez, los rumores en torno a la misma y las alternativas que se ofrecerían en caso de hacerse efectiva, alimentaron los mentideros de la política durante todo el año 1980. Josep Tarradellas, presidente de la Generalitat, expuso la idea del «golpe de timón»; desde medios empresariales se habló de la necesidad de un «gobierno fuerte»; las alusiones a una *Operación De Gaulle* fueron constantes en medios periodísticos. La mayoría de las especulaciones pasaban por la dimisión de Suárez y el nombramiento de un nuevo presidente elegido, preferiblemente, de forma consensuada entre la UCD y el PSOE. A lo largo del año aparecieron en toda la prensa, incluido *El País*, editoriales que sugerían la posibilidad, cuando no necesidad, de un gobierno de concentración presidido por un independiente o por un militar. El listado de candidatos a sustituir a Suárez por cualquiera de estas variantes fue enorme. Alfonso Osorio, Carlos Pérez de Bricio o Gregorio López Bravo, entre los civiles, Álvaro Lacalle Leoup, José Vega Rodríguez, Sabino Fernández Campo o

Alfonso Armada, entre los militares, fueron algunos, además de otros muchos, de los nombres sugeridos. Los protagonistas de estos rumores, en la mayoría de los casos, rechazaron formar parte de las conspiraciones de salón en que se veían inmersos. Otros, por el contrario, se dejaron querer e incluso las alentaron personalmente. Entre estos últimos destacó el general Armada, antiguo preceptor del príncipe Juan Carlos y jefe de la Secretaría de la Casa del Rey hasta 1977, quien llevó a cabo una considerable actividad en distintos medios políticos, empresariales, periodísticos y, por supuesto, militares de todo signo. Para el grueso de la *élite* política era bien visto por su cercanía a la Monarquía e, igualmente, en la extrema derecha se consideraba adecuado: colaboraba en *Reconquista* y su nombre, entre otros, había sido sugerido por *Heraldo Español* en agosto de 1980<sup>38</sup>. A partir de este momento, el segundo semestre de 1980, Armada se volcó incesantemente en la organización de su «candidatura» entrevistándose con numerosos políticos catalanes —por estar destinado en Lérida— y de ámbito nacional. Entre los encuentros que mantuvo tendría especial trascendencia pública, después del 23-F, la comida que compartió el 22 de octubre con Enrique Múgica, secretario de relaciones políticas de la Ejecutiva Federal del Partido Socialista y miembro de la comisión de Defensa del Congreso. Con la intención de demostrar una supuesta complicidad del PSOE y del propio Monarca con el golpe, en su versión blanda, sería esgrimida en el juicio posterior, por los defensores de Milans y Tejero, la teoría de que Múgica, que sería llamado como testigo civil, había sido puesto en antecedentes. Indudablemente, el PSOE no quería quedar al margen en el caso de producirse la sustitución de Suárez y también realizó contactos con los militares para averiguar qué grado de afianzamiento tenían los rumores extendidos entonces. La pretensión de involucrar *a posteriori* al PSOE no tendría, sin embargo, mayor trascendencia ya que ni se habló de insurrección militar ni se concibió ningún plan no previsto constitucionalmente. La fórmula perseguida por Armada se inscribía en el estricto marco constitucional al disponer el Rey la facultad de proponer como candidato a presidente, para ser votado por el Congreso, a cualquier persona, parlamentario o no. No era nada descabellado, por tanto, que el PSOE, al igual que el resto de grupos políticos e independientemente de tener otras muchas alternativas en el cajón, se interesara por una solución, siempre que

---

<sup>38</sup> *Heraldo Español*, 7 de agosto de 1980. Su portada, ante un caballo sin jinete, era ocupada por el siguiente titular: «¿Quién montará este caballo? Se busca un general»; en páginas interiores aparecía su nombre, junto a otros, como posible candidato.



transcurriera dentro del margen constitucional, que aparentemente contaba con el beneplácito del Rey y tan sólo aspiraba a un gobierno de concentración<sup>39</sup>.

La estrategia puesta en marcha por Armada le llevó en noviembre de 1980, después de su entrevista con Múgica y de la distribución del informe «Panorámica de las operaciones en marcha», a encontrarse con Milans. Los objetivos de Armada al visitar a Milans eran los de obtener información sobre el nivel de desarrollo de la operación de éste y controlarla haciéndole saber que contaba, según él, con apoyo regio para la suya (que seguía siendo legal). En su ambición por resolver la partida necesitaba vigilar al resto de jugadores, especialmente si podían echar abajo su plan o, por el contrario, colaborar con él. Los contactos con Milans, para tener bajo control el golpe en marcha, y con el CESID —a través del comandante José Luis Cortina—, para promover su acción, se inscriben en este momento. También necesitaba convencer al Rey quien, en último término, tenía la llave del juego. Sus contactos, medias verdades e insinuaciones, utilizadas con unos y otros, le permitían llevar adelante sus planes haciendo creer a cada cual que contaba con el apoyo del resto, construyendo, de esta forma, un castillo de arena sin cimiento alguno. En diciembre se entrevista con numerosas personas, entre ellas el Rey, con quien cena, de nuevo, el 3 de enero de 1981, en Baqueira. Es posible que Armada solicitara su traslado a Madrid, ya que iba a quedar vacante el puesto de 2.º jefe del Estado Mayor del Ejército, y sugiriera la solución política encabezada por él mismo al contar, según su versión, con la aquiescencia de los partidos. El único obstáculo lo constituía la necesaria dimisión de Suárez. El 10 de enero vuelve a encontrarse con Milans, cuyo plan avanza a toda velocidad, y le convence para que lo frene. A pesar de ello, el día 18 se reúnen en Madrid los principales implicados en el golpe de Milans para concretar sus planes. Unos días más tarde, el 29, Suárez dimite: decisión en la que pesó, sin duda, la crisis de UCD, pero también, como es natural, la presión que las distintas intrigas militares y civiles ejercían contra su persona. Es el momento crítico tanto para el plan constitucional de Armada como para la conspiración golpista de Milans.

Dos días después de dimitir Suárez, Emilio Romero publicó un artículo en *ABC* defendiendo la designación de un militar y dando

---

<sup>39</sup> De hecho, en la reunión del Comité Federal del PSOE celebrada tres días antes del encuentro entre Armada y Múgica, el 18 de octubre de 1980, Felipe González consideró la posibilidad de tomar parte en un gobierno de coalición. En el comunicado final, tras la reunión, pese a no definir la estrategia a seguir, se afirmó que la UCD era un partido «incapaz de gobernar la nación». Sobre esta cuestión y la actividad desarrollada por Múgica véase, Joaquín Prieto y José Luis Barbería, *El enigma...*, ob. cit., págs. 87-100.

un nombre concreto: «Están pasando cosas que obligan a una remodelación sustancial. Si para hacer esto UCD no proveyera, entonces existiría la vía de un hombre ajeno y políticamente bendecido. (...) Estimulé entonces a la imaginación y me encontré al general Alfonso Armada»<sup>40</sup>. Es un instante clave para las aspiraciones del general y su actividad se acelera. El día 3 de febrero el Rey le confirma su traslado a Madrid. Al siguiente se entrevista con el ministro de Defensa Rodríguez Sahagún. Los días 6 y 7 vuelve a hablar con el Rey<sup>41</sup>. Todo iba sobre ruedas: Suárez había dimitido, él volvía a Madrid y el Rey, con quien mantiene permanente contacto, debe designar al candidato que votará el Congreso. Sin embargo, para sorpresa suya, el Rey nombrará el día 10 de febrero, echando por tierra su plan, a Leopoldo Calvo-Sotelo. La radical negativa de Suárez y de Gutiérrez Mellado, que se oponen frontalmente a la elección de Armada ya que hacía tiempo que desconfiaban de sus manejos, así como la oposición de los partidos políticos, que habían descartado esta vía, convencen al Monarca de lo inadecuado de esta opción. Armada, después de discutir con Gutiérrez Mellado, se incorporará como 2.º jefe de Estado Mayor del Ejército el día 12, desechándose también la posibilidad de convertirse en el próximo ministro de Defensa. La única carta que le queda es la de aprovechar el golpe de Milans para, esta vez sí, «reconducir» la situación. Es a partir de este momento cuando, llevando la iniciativa pero de forma discreta, acelera la operación: sólo una acción militar inesperada podría volverle a colocar como candidato. Para ello debe actuarse antes del nombramiento de Calvo Sotelo: sus contactos en el CESID empujan, en la confianza de participar en un «golpe legal», para que el golpe tenga lugar durante la ceremonia de investidura. De esta manera, Armada se incorporaba al golpe de Milans, o, mejor dicho, incorporaba el golpe de Milans al que desde ahora, en la sombra, hace suyo. De hecho, la mayoría de los implicados desconocía cómo habían discurrido los contactos, teñidos de vaguedades, medias verdades y sobreentendidos, entre ambos generales.

El golpe, en el que primó la precipitación, tendrá grandes lagunas en cuanto al seguimiento y la organización. El plan de úl-

---

<sup>40</sup> ABC, 31 de enero de 1981. A la extrema derecha civil, que no tenía el control del golpe en marcha (en la reunión del 18 de enero Milans invitó a García Carrés a marcharse), no le gustó la propuesta del insigne periodista. Antonio Izquierdo lo expresó claramente: «¿Un general? ¡Sí, sí! Pero no precisamente aquél a quien señaló Emilio Romero», en *El Alcázar*, 12 de febrero de 1981. Dos días antes el general De Santiago había publicado en *El Alcázar* un artículo, cuyo esquema elaboró García Carrés, con el título de «Situación límite», 8 de febrero de 1981.

<sup>41</sup> Alfonso Armada, *Al servicio de la Corona*, Barcelona, Planeta, 1983, páginas 228-239.

tima hora constaba de los siguientes pasos: el secuestro del Parlamento y del Gobierno, la presencia de tropas en las calles de Madrid y Valencia y el nombramiento de Armada como jefe del Gobierno, con Milans al frente de las Fuerzas Armadas. La maniobra de Tejero era propia de un golpe de Estado moderno mientras que la de Milans del Bosch tenía las características de un pronunciamiento clásico<sup>42</sup>. A la suma de estas dos estrategias, poco definidas en sus objetivos, se unían ciertas cuestiones sin aclarar, confusas interpretaciones del papel de cada uno y una falta clara de objetivos: los participantes no sabían si el Rey estaba de su parte (Milans pensaba, convencido por Armada, que sí; Tejero, en la versión de Milans, que también, aunque no le importara lo más mínimo; Armada consideraba que su acción atraería el apoyo regio), si contarían con el apoyo de otros compañeros (el resto de Capitanías no tenía información previa, algo que desconocían la mayoría de los participantes), qué debían hacer una vez puesto en marcha el plan (Tejero esperaba su relevo por fuerzas del Ejército; Milans, órdenes desde La Zarzuela; Armada, ser reclamado para arreglar la situación) ni qué objetivo último se pretendía (Milans pensaba que se crearía un gobierno fuerte presidido por Armada; Tejero estaba convencido de la creación de un gobierno militar; Armada tenía en mente su antiguo plan de gobierno de concentración). De esta forma, Tejero ocupó el Congreso y Milans, tras hacer público un manifiesto, sacó los tanques a la calle. Sin embargo, Armada falló en su pretensión de trasladarse al palacio de La Zarzuela para, desde allí, junto al Rey, controlar la situación. Sabino Fernández Campo, quien había sustituido a Armada al frente de la Secretaría de la Casa del Rey en 1977, no autorizó el desplazamiento y, tan pronto como algunos militares comenzaron a manejar su nombre, sospechó de su participación en el golpe. Este hecho impidió que la división acorazada Brunete ocupase Madrid<sup>43</sup>. Después de este primer traspié, Armada llama a Milans

---

<sup>42</sup> Sobre los mismos, José Luis Comellas, *Los primeros pronunciamientos en España: 1814-1820*, Madrid, CSIC, 1958; José Ramón Alonso, *Historia política del Ejército Español*, Madrid, Editora Nacional, 1974; Julio Busquets, *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Barcelona, Planeta, 1982; Miguel A. Baquer, *El modelo español de pronunciamiento*, Madrid, Rialp, 1983; Ramón de Sanchís de los Santos, *Los golpes de Estado en España: de Espoz y Mina a Milans del Bosch, pasando por Espartero, Prim y otros*, Madrid, Vassallo de Mumbert, 1985; José Cepeda Gómez, *El ejército español en la política española (1787-1843): conspiraciones y pronunciamientos en los comienzos de la España liberal*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1990; Gabriel Cardona, *Los pronunciamientos*, Madrid, Historia 16, 1996.

<sup>43</sup> Los golpistas habían previsto que el general Torres Rojas, quien desde su puesto en La Coruña se había desplazado ese día a Madrid, tomase el mando de la división, destino que había ocupado tiempo atrás. El verdadero jefe de la Brunete,

desde su destino en el Estado Mayor y comunica a los testigos de su conversación que éste le ha propuesto la formación de un Gobierno de salvación nacional. Vuelve a llamar a La Zarzuela y explica la propuesta a Fernández Campo, quien le prohíbe la utilización del nombre del Rey: en caso de hacerla efectiva será a título propio. En torno a la medianoche Armada se presenta en el Congreso, da la contraseña a Tejero y discute con él la propuesta que piensa hacer a los Diputados. Tejero, asombrado por los nombres propuestos, políticos de todo el arco parlamentario incluidos socialistas y comunistas, impide la entrada de Armada. Tras varias horas de consultas cruzadas con los capitanes generales, el Rey apareció en televisión, pasada la una de la madrugada, dejando claro que no estaba del lado de los sublevados<sup>44</sup>. A partir de este momento, el golpe se desmoronó.

Por lo demás, el 23-F no sólo no tuvo seguimiento entre los componentes de las Fuerzas Armadas, que esperaron prudente o impacientemente, dependiendo de los casos, a comprobar el desarrollo de los acontecimientos y el posicionamiento del Rey, sino que en la esfera social tampoco se hizo notar<sup>45</sup>. En pocas horas,

---

el general José Juste, debía encontrarse esa tarde, con el coronel San Martín, en Zaragoza, visitando un campo de maniobras. Sin embargo, San Martín, deseoso de participar activamente en el golpe, decidió regresar: con Juste de vuelta, Torres Rojas no pudo hacerse con el control de la división. Al telefonar a Fernández Campo, Juste fue informado de que Armada ni estaba en el palacio ni era esperado.

<sup>44</sup> Sobre la tardanza del Monarca en aparecer en televisión ha habido todo tipo de especulaciones. Su explicación, dada por él mismo en una entrevista televisiva, es la siguiente: «Yo sé que en el 23-F se me criticó por no salir unas horas antes ante las cámaras diciendo lo que tenía que decir o lo que quería decir. Pero la verdad es que aunque ahora, al cabo de los años, sea un poco grotesco, el capitán que había tomado la televisión no se quería ir y resulta que el capitán era de artillería y amigo del marqués de Mondéjar, y entonces el marqués de Mondéjar le llamó y le dijo: “Oye, haz el favor de dejar que salgan las cámaras. Ah, sí, mi coronel, no se preocupe”. Los cámaras al final llegaron tarde, pero llegaron», en el programa *Don Juan Carlos, 25 años de reinado*, emitido en Televisión Española el 19-11-2000, transcrito por *El País*, 20-11-2000. La cronología detallada de los acontecimientos, no coincidente con la versión regia, en Javier Fernández López, *El Rey y otros militares...*, ob. cit. Una interpretación, discutible pero sugerente, en Pedro de Silva, *Las fuerzas del cambio. Cuando el rey dudó el 23-F*, Barcelona, Prensa Ibérica, 1996.

<sup>45</sup> La ausencia de cualquier tipo de movilización popular cabe explicarse, lógicamente, por la rápida solución del golpe, pero también por el comportamiento desmovilizador de la propia clase política a lo largo de la transición y, una vez más, por el miedo a la presencia del fantasma de la guerra civil. Las manifestaciones multitudinarias tras el fracaso del golpe, en las que participaron hasta tres millones de personas, fueron organizadas por los partidos políticos y encabezadas por sus líderes. He tratado la cuestión en Jesús de Andrés, «Golpes de Estado y respuestas desde fuera del ámbito institucional: la movilización social ante el 23-F», en Santiago Castillo y José M<sup>a</sup> Ortiz de Orruño (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, UPV, 1998, págs. 295-301.

tras la entrada de Tejero en el Congreso, retransmitida en directo por radio, las calles quedaron vacías y la actividad se concentró en aquellos medios de comunicación que no se vieron afectados de forma directa, especialmente la prensa y la radio<sup>46</sup>. Ante el vacío de poder se constituyó un Gobierno en funciones formado por los subsecretarios y secretarios de Estado, ocupando Francisco Laína, a la sazón director general de la Seguridad del Estado, la presidencia de ese organismo provisional. Sus labores consistieron en controlar el orden público y en establecer contacto con los líderes de los partidos que no habían sido secuestrados, insistiendo en la necesidad de evitar movilizaciones<sup>47</sup>. En cualquier caso, la política de ascensos y designación de mandos de Gutiérrez Mellado demostró, por la lealtad de los más importantes, su acierto: Sáenz de Santamaría, al frente de la Policía Nacional, o Aramburu Topete, de la Guardia Civil, se pusieron incondicionalmente a las órdenes de Laína; Quintana Lacaci, capitán general de Madrid, evitó la insurrección de numerosos acuartelamientos.

El juicio a los golpistas sería, sin duda, uno de los espectáculos más bochornosos de todo el período de cambio. Celebrado entre febrero y junio de 1982, contribuyó a hacer explícito el enrarecido clima militar. Dada su repercusión política se resolvió con la mayor urgencia posible, ajustándose a las ideas preconcebidas que sobre el golpe circulaban, sin implicar a más personajes que a los que habían sido claramente protagonistas y sin extender en demasía las investigaciones. La versión oficial hablaría de un golpe mal preparado, con varias tramas superpuestas. La actividad realizada para la consecución de un gobierno de concentración, que nada tenía que ver con un golpe de Estado pero cuya aclaración hubiera contribuido a esclarecer lo ocurrido, fue relegada al olvido. En aras de no empeorar la, ya de por sí, delicada situación política se optó por la extrema prudencia. En realidad no hubo nadie interesado en remover lo ocurrido ya que a todos alcanzaba: las Fuerzas Armadas no quisieron un juicio que, en caso de poner sobre la mesa más intrigas y participantes, contribuyese a su descrédito; la clase política no quería verse implicada, de ningún modo, en operaciones que, por lo demás, tampoco tenían que

---

<sup>46</sup> Al respecto, Rosa Villacastín y María Beneyto, *La noche de los transistores*, Madrid, San Martín, 1981. Un error compartido por la mayoría de los trabajos que han tratado el golpe ha sido la creencia en que fue retransmitido por televisión en directo, por lo que los espectadores, asombrados y asustados, actuaron, en consecuencia, con temor. Nada más lejos de la realidad: el golpe tan sólo fue emitido en diferido en la mañana del día 24, cuando el Congreso había sido abandonado.

<sup>47</sup> Agradezco el testimonio de Carlos Alonso Zaldívar, a quien como destacado dirigente del PCE se instó a evitar la movilización obrera prevista para el día 24, en respuesta a un cuestionario escrito; 21-12-2000.

ver con ella<sup>48</sup>; los sectores ultras preferían seguir agitando la situación, aprovechando el juicio como caja de resonancia, sin quemar los cartuchos golpistas que quedaban en la recámara. Tejero y Milans serían condenados a 30 años y Armada a seis. El gobierno de Calvo Sotelo, en el que por primera vez no había militares, recurrió la sentencia y el Tribunal Supremo amplió la condena de Armada también a treinta años.

La derrota de los golpistas contribuiría a consolidar el sistema democrático aunque al precio de realizar un giro conservador aceptado por todos los partidos. La moderación alcanzó de forma especial al PSOE, que por otra parte, en su perspectiva de alcanzar el poder, ya había dejado a un lado cualquier veleidad radical. El cambio de estrategia en, por ejemplo, la política territorial, en pleno proceso autonómico, se inscribiría en esta nueva línea moderada. Más difícil resulta averiguar en qué medida afectaron el 23-F o, por el contrario, las disputas partidistas a la vida interna de otros grupos que, como la propia UCD o el PCE, se verían abocados a un desastre electoral. Sí tuvo, la derrota del golpe, un demoledor efecto sobre las posturas ultras, llevando a la extrema derecha a su marginación terminal, a su descomposición partidista y al desprestigio definitivo de la opción insurrecta. De esta forma, su fracaso supuso «el comienzo del fin» del intervencionismo golpista<sup>49</sup>. El camino que la extrema derecha emprendiera al avanzar el proceso de transición hizo imposible el regreso a una, siempre desechada, vía electoral. Pese a todo, Tejero se presentaría a las elecciones generales de octubre de 1982, al frente de Solidaridad Española, bajo un lema que hablaba por sí mismo: «¡Entra con Tejero en el Parlamento!»

---

<sup>48</sup> La comparación con el momento previo a la dictadura de Primo de Rivera fue usada como argumento para no ir demasiado lejos en la investigación. Suficientemente explícito fue el artículo de Luis Solana, «Expediente Picasso-sumario Tejero», en *Diario 16*, 7 de mayo de 1981. Una opinión reciente sobre la conveniencia de no remover el pasado es la expresada por Sabino Fernández Campo: «Muchas veces caemos en el error de juzgar tan sólo el final de un proceso y dejamos de lado los antecedentes que se produjeron a través de él. Por mi parte, renuncio a intentar descubrir las nuevas piezas que me faltan del rompecabezas. Dejémoslo como está, sin agitar la historia ya calmada. (...) No se trata de aducir ahora justificaciones o disculpas sobre hechos ya juzgados. Pero tampoco de continuar indagando para descifrarlos por completo. En ocasiones 'el que busca afanosamente la verdad, corre el riesgo de encontrarla'»; Sabino Fernández Campo, «El rompecabezas del 23-F», en *XXV años de Rey*, número extraordinario de *ABC*, noviembre de 2000, pág. 33.

<sup>49</sup> Felipe Agüero, *Militares, civiles y democracia*, Madrid, Alianza, 1995, página 271. Para Malefakis «el 23-F acabó por tener el efecto de consolidar la democracia, tanto reafirmando su valor para la sociedad española como aumentando el control civil de un Ejército más profesionalizado», Edward Malefakis, «Las FAS, la sociedad y el 23-F», en *AAVV, Memoria de la transición*, Madrid, El País, 1996, pág. 337.

## BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL 23-F

La literatura sobre el golpe es tan extensa como de desigual interés. Algunas obras han tratado los hechos de forma monográfica, mientras que otras, por el contrario, se han recreado en elementos, actores o situaciones en concreto. Tampoco faltan las que han incorporado al 23-F en trabajos más ambiciosos sobre la transición española o cualquiera de sus aspectos. En su mayor parte se trata de narraciones periodísticas de los acontecimientos. En ocasiones el relato ha gozado de seriedad en la investigación y el análisis; por el contrario, las más de las veces se ha pecado de sensacionalismo, se ha recurrido insistentemente a la utilización de absurdas teorías conspirativas y han primado, más que el rigor, el oportunismo, la búsqueda de complacencia y la justificación para determinados comportamientos o acciones. Los trabajos históricos y politológicos, por lo general, han brillado por su ausencia y sólo en los últimos años empiezan a aparecer. En esta bibliografía pretendo mostrar un balance, en modo alguno exhaustivo, de aquellas obras que, de forma específica o parcial, han tratado el golpe de la transición. En cualquier caso, sólo se han incluido los principales libros, capítulos de libro y artículos académicos, dejando fuera las numerosas biografías y memorias de personajes de la transición, a excepción de aquellos que estuvieron directamente implicados en el golpe, así como la ingente cantidad de artículos de prensa que aparecieron en aquel momento y posteriormente<sup>50</sup>.

AAVV (1981), *Los Ejércitos... más allá del golpe*, Barcelona, Planeta.  
AGÜERO, Felipe (1995), *Militares, Civiles y democracia*, Madrid, Alianza.  
AGUIRRE BELLVER (1981), *El Ejército calla. Antes y después del golpe*, Madrid, Santafé.

---

<sup>50</sup> Tampoco se han incluido otros géneros literarios en los que el 23-F, dada su enorme repercusión, fue también protagonista. Títulos de algunas novelas son los de Antonio Izquierdo, *Claves para un día de febrero*, Barcelona, Planeta, 1982; José Luis Martín Vigil, *Día «D»: golpe de Estado*, Barcelona, Planeta, 1983; David Serafín, *Golpe de Reyes*, Barcelona, Grijalbo, 1984; Pedro Casals, *¿Quién venció en febrero?*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985; Cristóbal Zaragoza, *Generaciones 2. Del golpe al cambio*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989; Carlos F. Pol, *Razón de Estado*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995; también cabe destacar narraciones breves como la de Manuel Vázquez Montalbán, *Aquel 23 de febrero*, Madrid, Cambio 16, 1986, y cuentos como el de Rosa Regàs, «Glorioso aniversario», en AAVV, *Nuevos Episodios Nacionales. 25 historias de la democracia (1975-2000)*, Madrid, EDAF, 2000, págs. 107-121. Directamente vinculada al golpe, sobre los acontecimientos del 23-M, la novela de Alberto Speratti, *El asalto al Banco Central*, Barcelona, Martínez Roca, 1981.

- ALBA, Víctor (1981), *La soledad del Rey*, Barcelona, Planeta.
- ARIAS, Gonzalo (1982), *El antigolpe*, Madrid, edición del autor.
- ARMADA, Alfonso (1983), *Al servicio de la Corona*, Barcelona, Planeta.
- BLANCO, Juan (1995), *23-F: Crónica fiel de un golpe anunciado*, Madrid, Fuerza Nueva.
- BOYD, Carolyn P. (2000), «Violencia pretoriana: del Cu-Cut! al 23-F», en Santos Juliá, *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, págs. 289-325.
- BRAVO MORATA, Federico (1987), *Levantamiento militar y levantamiento civil*, Altea, Fenicia.
- BUSQUETS, Julio (1999), *Militares y demócratas*, Barcelona, Plaza & Janés.
- (1989), «Las Fuerzas Armadas en la transición española», en *Sistema*, núm. 93, págs. 13-28.
- (1982), *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Barcelona, Planeta.
- BUSQUETS, Julio; AGUILAR, Miguel A. y PUCHE, Ignacio (1981), *El golpe. Anatomía y claves del asalto al Congreso*, Barcelona, Ariel.
- CARCEDO, Diego (2001), *23-F. Los cabos sueltos*, Madrid, Temas de Hoy.
- CARDONA, Gabriel (1995), *La España del 23-F*, Madrid, Historia 16.
- CASALS I MESEGUER, Xavier (1998), *La tentación neofascista en España*, Barcelona, Plaza & Janés.
- CERNUDA, Pilar; JÁUREGUI, Fernando y MENÉNDEZ, Manuel Ángel (2001), *23-F. La conjura de los necios*, Madrid, Foca.
- CID CAÑAVERAL, Ricardo y otros (1981), *Todos al suelo. La conspiración y el golpe*, Madrid, Punto Crítico.
- COLOMER, Josep M. (1990), «¡En nombre del Rey!», capítulo de su libro *El arte de la manipulación política*, Barcelona, Anagrama, págs. 142-161.
- CUENCA TORIBIO, José Manuel (2001), *Conversaciones con Alfonso Armada: el 23-F*, Madrid, Actas.
- DE ANDRÉS, Jesús (2000), *El voto de las armas. Golpes de Estado en el sistema internacional a lo largo del siglo XX*, Madrid, Catarata.
- (2000), «El golpe de Estado de la transición. Las causas, actores, desarrollo y consecuencias del 23-F», ponencia presentada en el III Simposio de Historia Actual, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, octubre.
- (1998), «Golpes de Estado y respuestas desde fuera del ámbito institucional: la movilización social ante el 23-F», en Santiago Castillo y José M.<sup>a</sup> Ortiz de Orruño (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, UPV, págs. 295-301.
- DE ARESPOCHAGA, Juan (1994), *Cartas a unos capitanes*, Madrid, Incipit.
- DE LA CIERVA, Ricardo (1998), *El 23-F sin máscaras. Primera interpretación histórica*, Madrid, Fénix.
- (1997), *Claves del 23-F: El Elefante Blanco*, Madrid, ARC.
- (1997), *Los juramentados del 23-F*, Madrid, ARC.
- DE SILVA, Pedro (1996), *Las fuerzas del cambio. Cuando el rey dudó el 23-F y otros ensayos sobre la transición*, Barcelona, Prensa Ibérica.
- FARRÀS, Andreu y CULLELL, Pere (1998), *El 23-F a Catalunya*, Barcelona, Planeta.
- FERNÁNDEZ CAMPO, Sabino (2000), «El rompecabezas del 23-F», en *XXV años de Rey*, núm. extraordinario de ABC, noviembre.



- FERNÁNDEZ CAMPO, Sabino (1995), «Consideraciones jurídico-constitucionales sobre los acontecimientos del 23 de febrero de 1981», en *Anuario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, Javier (2000), *Diecisiete horas y media. El enigma del 23-F*, Madrid, Taurus.
- (1998), *El Rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982)*, Madrid, Trotta.
- FUENTES GÓMEZ DE SALAZAR, Eduardo (1994), *El pacto del capó. El testimonio clave de un militar sobre el 23-F*, Madrid, Temas de Hoy.
- GARCÉS, Joan E. (1999), «El posfranquismo y la guerra fría», en Juan Luis Paniagua y Juan Carlos Monedero (eds.), *En torno a la democracia en España*, Madrid, Tecnos, págs. 25-101.
- GARCÍA ESCUDERO, José María (1995), *Mis siete vidas. De las brigadas anarquistas a juez del 23-F*, Barcelona, Planeta.
- GARCÍA PÉREZ, José (1997), *18 horas con Tejero*, Málaga, Algazara.
- GARCÍA RIVAS, Nicolás (1990), «Comentario a las sentencias sobre la rebelión militar de 23 de febrero de 1981 y sobre la conspiración para la rebelión de 28 de octubre de 1982», capítulo de su libro *La rebelión militar en derecho penal*, Albacete, Universidad de Castilla-La Mancha, págs. 221-234.
- GIRÓN DE VELASCO, José Antonio (1981), *Esta es la hora de España, la hora de resolver nuestros problemas*, Madrid, Dyrsa.
- GOOCH, Anthony (1982), «Spain and “el 23 F” - before and after», en *Contemporary Review*, núm. 1399, págs. 64-71.
- GUERRA, Alfonso (1981), «Situación política tras el golpe de Estado», en *Sistema*, núm. 42, págs. 3-15.
- HERAS, Raúl y PÉREZ ABELLÁN, Francisco (1981), *Asalto al Congreso de los Diputados*, Madrid, Ruiz Flores.
- MALEFAKIS, Edward (1996), «Las FAS, la sociedad y el 23-F», en AAVV, *Memoria de la transición*, Madrid, El País, págs. 335-337.
- MARTÍN AGUADO, José Antonio (1981), *Asalto a la democracia*, La Coruña, edición del autor.
- MARTÍN PRIETO, José Luis (1982), *Técnica de un golpe de Estado. El juicio del 23-F*, Barcelona, Grijalbo.
- MARTÍN-RETORTILLO, Lorenzo (1985), *El 23-F. Sus secuelas jurídicas en la jurisprudencia del Tribunal Constitucional*, Madrid, Cívitas.
- MARTÍNEZ INGLÉS, Amadeo (2001), *23-F. El golpe que nunca existió*, Madrid, Foca.
- (1994), *La Transición Vigilada. Del Sábado Santo «rojo» al 23-F*, Madrid, Temas de Hoy.
- MÉRIDA, María (1979), *Mis conversaciones con los generales*, Barcelona, Plaza & Janés.
- MORA, Francisco (2000), *El Elefante Blanco*, Madrid, Ediciones B.
- (1982), *Ni héroes ni bribones: los personajes del 23-F*, Barcelona, Planeta.
- MORALES, José Luis y CELADA, Juan (1981), *La alternativa militar. El golpismo después de Franco*, Madrid, Revolución.
- MUÑOZ ALONSO, Alejandro (1986), «Golpismo y terrorismo en la transición española», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 36, págs. 25-33.

- MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto (1996), «El ex-teniente coronel Tejero y el 23-F: un debate abierto», en Javier Tusell y Álvaro Soto (dirs.), *Historia de la transición y consolidación democrática en España (1975-1986)*, Madrid, UAM-UNED, vol. 1, págs. 151-175.
- OLIVER, Ángel (1982), *Memócratas de toda la vida*, Madrid, Ornigraf.
- ONETO, José (1991), *La noche de Tejero. 23-F: las claves 10 años después*, Madrid, Tiempo.
- (1982), *La verdad sobre el caso Tejero: el proceso del siglo*, Barcelona, Planeta.
- (1981), *La noche de Tejero*, Barcelona, Planeta.
- PALACIOS, Jesús (2001), *23-F: el golpe del CESID*, Barcelona, Planeta.
- PARDO ZANCADA, Ricardo (1998), *23-F. La pieza que falta*, Barcelona, Plaza & Janés.
- PEROTE, Juan Alberto (2001), *23-F: ni Milans ni Tejero. El informe que se ocultó*, Madrid, Foca.
- PITARCH, José Luis (1981), *Diario abierto de un militar constitucionalista (primavera de 1981)*, Valencia, Fernando Torres.
- PLA, Juan, *La trama civil del golpe*, Barcelona, Planeta, 1982.
- POSADAS, J. (1981), *El fracaso del golpe de Estado en España*, Barcelona, Ciencia, cultura y política.
- PRESTON, Paul (1997), «El miedo a la libertad: el ejército español después de Franco», capítulo de su libro *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, Península, páginas 263-295.
- (1986), *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*, Madrid, Sistema.
- PRIETO, Joaquín (1996), «Golpe de Estado», en AAVV, *Memoria de la transición*, Madrid, El País, págs. 325-334.
- PRIETO, Joaquín y BARBERÍA, José Luis (1991), *El enigma del «Elefante». La conspiración del 23-F*, Madrid, El País-Aguilar.
- RODRÍGUEZ-JIMÉNEZ, José Luis (1997), *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza.
- (1994), *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)*, Madrid, CSIC.
- SAN MARTÍN, José Ignacio (1983), *Servicio Especial*, Barcelona, Planeta.
- SEGURA, Santiago y JULIO MERINO, *Las vísperas del 23-F*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984.
- (1983), *Jaque al Rey. Los «enigmas» y las «incongruencias» del 23-F... dos años después*, Barcelona, Planeta.
- URBANO, Pilar (1995), «Las claves del fracaso de tres golpes de Estado», en 1975-1995. *Veinte años de nuestra vida. Historia de la Democracia*, Madrid, El Mundo, págs. 546-555.
- (1982), *Con la venia... yo indagué el 23-F*, Barcelona, Argos Vergara.
- VILLACASTÍN, Rosa y BENEYTO, María (1981), *La noche de los transistores. El Rey paraliza el golpe*, Madrid, San Martín.

## RESUMEN

Este trabajo analiza el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, el 23-F, a través de la utilización de distintas categorías que apuntan a la estructura de oportunidad política que puede dar lugar a la aparición de movimientos golpistas, a la existencia de colectivos que articulen un discurso con idéntico objetivo y a la movilización, organización y consecución de recursos para ejecutar un golpe. Además, intenta desmontar la interpretación del 23-F que considera la existencia de varias tramas coincidentes. Para ello, al observar la situación política previa al golpe, se insiste en separar las distintas estrategias que plantearon la formación de un gobierno de concentración, por un lado, de la operación golpista de los militares de extrema derecha, por otro. La aparente vinculación final entre ambas contribuyó a que no se aclarase definitivamente lo ocurrido.

## ABSTRACT

*The coup d'État of the «23-F» and the Spanish transition.* This article analyses the coup d'État staged in Spain on February 1981 (known as the 23-F) through the use of different categories that make reference to the structure of political opportunities that can give place to the appearance of movements able to execute a coup; to the existence of groups that articulate a radical discourse; and to the mobilisation, organisation and attainment of resources to stage the coup. The national and international context, as well as the erroneous strategy adopted by the extreme right, favoured the appearance of groups with capacity to carry out a coup. The extremist press played the role of building up a discourse contrary to the political transition. The mobilisation of the military officers that were near to the extreme right favoured the organisation of the 23-F. Also, the article will disprove the interpretation according to which there were several plots that coincided in the time. It will argue that the coup of the military officers and the eventual formation of a concentration government were unrelated events, and not part of a common plan. The apparent linking among both operations has contributed to obscure what happened.

Jesús de Andrés es profesor de Ciencia Política en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la UNED, donde imparte la asignatura Teoría del Estado (jandres@poli.uned.es). Ha publicado *El voto de las armas. Golpes de Estado en el sistema internacional a lo largo del siglo XX*, Madrid, Catarata, 2000.